

Pensando en el niño

Capítulo 4





El niño, para la Experiencia Educativa aeioTU y desde la perspectiva de la filosofía educativa de Reggio Emilia que la inspira, es visto como un ser único, fuerte, optimista, con su propia identidad, pleno de derechos y potencialidades y miembro valioso de su comunidad; capaz de sorprenderse y de maravillarse; constructor de conocimientos, investigador, sensible, propositivo e investigativo; con ganas de explorar el mundo a través de sus sentidos y percepciones usando la creatividad y la curiosidad como herramientas y vehículos de posibilidades y experiencias; un niño que construye estrategias, teorías e ideas a través de la relación con el medio.

Esta visión sobre el niño requiere que los maestros comprendan algunos retos que surgen al abordar la Primera Infancia y que hacen parte del desarrollo natural del niño. De tal forma que este capítulo los guiará en este proceso de comprensión y ahondará en las razones por las cuáles surgen tales retos, además, presentará algunas estrategias para afrontarlos que se pueden usar teniendo en cuenta los principios de la Disciplina Positiva y la Experiencia Educativa aeioTU.

Retos representativos de la Primera Infancia

Las pataletas:

¿Qué son los berrinches o pataletas?

Son comportamientos predecibles en el proceso de desarrollo de los niños que ocurren aproximadamente entre los 18 meses y los 4 años. En principio, hay que entenderlos como una forma más de comunicación del niño y una oportunidad para favorecer su desarrollo, mediante una respuesta y comportamiento adecuados en el momento en que ocurran.

¿Por qué se dan?

Las pataletas son una forma de protesta física de los niños, accesos de ira en los cuales se tiran al suelo, patalean y gritan. Generalmente se desencadenan por una frustración al no poder hacer algo —por ejemplo, mantener en pie una torre de cubos—, no lograr algo —por ejemplo, obtener en un juego un marcador diferente al conseguido por un amigo—, o por la contrariedad ante un cambio que no es de su agrado —por ejemplo, no salir al parque—. En algunos casos las pataletas se ven “favorecidas” por el temperamento fuerte o agresivo del niño, otras veces por límites muy severos. El niño puede usarlas para saber si un “no” significa realmente una negativa o para probar y manipular a los adultos.

Las pataletas son embarazosas y frustrantes. Las pataletas a la edad de 2 años son muy comunes y representan la forma que tienen los niños para manifestar su inconformidad frente a algo que desean o sienten. También pueden realizar pataletas cuando están cansados o ansiosos, ya que debido a su corta

edad aún no saben cómo manejar dichas situaciones (Núñez, s. f.).

¿Cómo entender y abordar las pataletas?

Si tras la primera pataleta el niño percibe que gracias a ella logró llamar su atención, la seguirá empleando con el mismo fin en futuras ocasiones. Para corregir este error y ser efectivo al hacerlo es necesario manejar la pataleta de tal forma que no se siga motivando.

Si el niño tiene una pataleta déjelo experimentar sus sentimientos de rabia e inconformidad. No ceda o trate de complacerlo en ese momento. Es normal que el niño se sienta mal cuando no obtiene lo que quiere y poco a poco irá aprendiendo que hay otras formas de expresar su desconcierto.



Si decide intervenir puede realizar alguna de las siguientes sugerencias, manteniendo siempre una actitud de calma, respeto, amor y firmeza hacia el niño:

1. Abrazarlo para reconfortarlo y validar sus sentimientos.

“Entiendo que estés molesto”.

“Yo también me molesto a veces”.

“Estoy aquí, te quiero, eres importante para mí”.

2. Es posible que a un niño no le guste ser abrazado, entonces usted podrá sentarse cerca de él sin decir una palabra para brindarle únicamente apoyo emocional.
3. También puede ignorar al niño, pero mostrando siempre una actitud de empatía hasta que la pataleta pase.
4. Con niños menores de 3 años funciona el método de la redirección, distracción y diversión. Consiste en evitar avivar la pelea; para esto emplee ruidos, cante una canción, cuente chistes, haga cosquillas, o cualquier otra cosa que usted sepa que ayudará al niño a dejar de prestar atención a la pataleta.
5. Planee con el niño las transiciones, genere los acuerdos antes de cambiar de un momento a otro, cuénteles anticipadamente qué hará usted cuando él tenga una pataleta. Dígale que cuando estén en espacios cerrados, como el comedor, el aula o el área sensorial, si él hace una pataleta usted pedirá ayuda para poder sacarlo del sitio y esperar a que se calme. Si se presenta tal situación (pataleta en el sitio mencionado), sea consecuente y haga lo que dijo que haría. Al poner en práctica esta herramienta sea firme, amable y respetuoso con el niño.

Cuando el niño finalice su pataleta y esté calmado, puede retomar el tema para buscar posibles soluciones con él; para ello emplee preguntas curiosas como, por ejemplo, ¿Qué crees que puedes hacer la próxima vez que te sientas molesto? Si el niño ocasionó un daño material o personal cuando se encontraba

realizando la pataleta, usted puede ayudarle a encontrar soluciones para enmendar el daño causado.

Recuerde que las pataletas son pasajeras siempre y cuando se manejen adecuadamente.

Es importante ser muy observadores en aquellos casos o situaciones que requieren un manejo más particular. Por ejemplo, es muy diferente el caso de un niño que siempre demanda atención para que se le dé gusto en todo —a sabiendas de que sus padres lo complacen y no le falta cuidado y amor permanentes— al de otro al que se le ve descuidado, falta de afecto y con señas de maltrato. También puede darse el caso en que un niño al que usualmente se le veía alegre de repente comience a expresarse con pataletas o el caso de un niño que, pese a todas las estrategias pensadas y utilizadas por un largo tiempo, persiste en la pataleta. Para estos casos especiales es importante contar con el apoyo psicosocial y, muy probablemente, trabajar conjuntamente con la familia.

Ejemplo de caso para resolver: Mauricio es un niño de 3 años y 4 meses que vive con sus padres y se encuentra en el nivel de Exploradores. En las mañanas llega al Centro acompañado, por lo general, de su mamá. Cuando ella se va a despedir del niño él se coge de la ropa de ella, no se despide y empieza a llorar; la mamá le da un beso en la frente, se despide de él y se marcha. Cuando ve salir a su mamá del aula, Mauricio irrumpe en llanto, grita, se tira al piso, patalea y permanece así por unos cinco minutos; en algunas ocasiones le dice al maestro, cuando esta intenta acercarse para acompañarlo, que le va a traer a la policía o que va a traer una espada y le va a sacar sangre.

¿Qué estrategias basadas en Disciplina Positiva puede usar para afrontar de manera efectiva este caso?

Los mordiscos

¿Por qué se dan?

Los niños pueden morder si no son capaces de manejar una situación o si se sienten paralizados por el miedo, el enojo o la frustración, también pueden morder porque alguien los mordió primero. En la Primera Infancia los mordiscos se suelen producir durante un altercado, cuando los niños se sienten agobiados o cuando temen que les vayan a hacer daño. Un cambio importante —como un nuevo bebé en la familia o cambiar de casa— también puede causar problemas emocionales que desemboquen en comportamientos agresivos. Algunas veces, los niños muerden solamente para ver qué efecto tendrá esta acción, porque están alterados o excesivamente estimulados, o como expresión equivocada de amor.

Por ejemplo: Lucas es un niño de 2 años y 6 meses que vive con sus padres y es hijo único. Durante su experiencia en el Centro aeio-TU, en diferentes momentos del día, Lucas ha expresado sus emociones por medio de mordiscos, que surgen de repente en su interacción con sus pares y que, aparentemente, no tienen una justificación para que se presenten. Sin embargo, puede señalarse que Lucas, ocasionalmente, ha mordido porque desea un objeto que tiene alguno de sus compañeros, pero en la cotidianidad, evidentemente, esta no parece ser la única razón. Dentro del diálogo con la familia para apoyar el proceso desde casa, los padres de Lucas señalan que ellos expresan su cariño por medio de manifestaciones semejantes a los mordiscos, es decir, presionan con sus labios la mano, el brazo, cara o dedos del otro para manifestarle cari-

ño. Así mismo, la madre señala haber tenido antecedentes de mordiscos en su etapa infantil e incluso mencionan que Lucas los mordió en varias ocasiones y dejó de hacerlo hasta que el papá le devolvió el mordisco.

¿Cómo abordarlos?

Algunas de las cosas que se pueden hacer cuando un niño muerde:

1. Asegúrese de que ambos niños, el que mordió y el que recibió el mordisco, estén bien.
2. Mantenga la calma, no recrimine ni castigue. Castigar al niño puede hacer que se rebele y empeore la situación. Explíquele las consecuencias de su acción, por ejemplo, “Rosalía llora porque le duele lo que le has hecho”, luego puede mostrarle el colorado o moretón que ha ocasionado en su compañera.
3. Ayude a la “víctima”. El niño que ha sido mordido necesita su ayuda. Primero tendrá que evaluar los daños y darle los primeros auxilios, de ser necesario.
4. Comente lo que ha pasado. Después de evaluar la situación defina si es necesario realizar una asamblea extraordinaria para reflexionar y visitar los acuerdos establecidos. Si es pertinente, suscriba un nuevo acuerdo que ayude a los niños y hable con ellos sobre estrategias que se puedan utilizar cuando se sientan enojados, tristes o cuando alguien les quiera quitar un juguete o algo similar.
5. Proporcionar una variedad de opciones y decisiones sensoriales/motoras así como

crear lugares cálidos y cómodos para que el niño pueda estar si continúa enojado.

6. Utilice diversos recursos, como lecturas de cuentos y fábulas, imágenes, videos, canciones, rimas, etc., que hablen sobre el buen trato y el respeto hacia los demás.



El “desapego” de los padres, separarse de ellos para estar en el Centro

¿Por qué se da?

El apego tiene que ver con una necesidad de proximidad y contacto con la madre, el padre o un cuidador que protege, alimenta, cubre necesidades básicas y garantiza el bienestar de los niños. El apego es un vínculo afectivo que el niño establece inicialmente con un número reducido de personas. Existe una fi-

gura de apego principal, que en la gran mayoría de los casos es la madre, luego aparecen otras secundarias, como el padre, los abuelos, los hermanos mayores, etc. Es una conducta innata que evidencia una necesidad de sentir seguridad, afecto, protección y que se intensifica ante situaciones que el niño percibe como potencialmente amenazantes, que producirán dolor físico, que implican la separación materna o que producen miedo. La manifestación de esta necesidad se da a través del llanto, que, en este caso, juega un papel principal como herramienta de comunicación.

¿Cómo abordarlo?

1. Hablar con los padres y entablar una relación en la que el niño observe que el maestro es una persona cercana a su familia.
2. Validar los sentimientos del niño, abrazarlo, consolarlo y decirle que aquí va a estar bien.
3. El maestro puede contarle al niño alguna experiencia que le ha producido tristeza, de esta manera le indica cómo se llama el sentimiento que está viviendo en ese momento.
4. Tener una foto familiar y algún elemento de su casa que ayude al niño a sentir el aula como un espacio mucho más familiar.
5. Asignar una tarea que el niño pueda hacer y que le genere seguridad en el espacio y durante su desplazamiento por el aula.
6. Cantar o leer un cuento con relación a la despedida.
7. Permitirle al niño traer un objeto transicional (oso preferido, manta o cobija).

8. Tener el aula preparada y con elementos que generen tranquilidad e inviten al niño a la interacción con el espacio; no es recomendable saturar o abrumar al niño con muchos materiales.

Llegada de un hermano

¿Qué experimentan los niños?

Celos, angustia, felicidad o curiosidad son las emociones más comunes que un niño puede experimentar con la llegada de un nuevo bebé. No todos los niños responden, ni se sienten igual ante la llegada de un hermano. Para algunos puede ser muy fácil, sin embargo, para otros puede ser muy difícil si perciben al nuevo integrante como una amenaza.

Dentro del contexto familiar pueden surgir preguntas como: ¿Mami, me quieres? Este y otros cuestionamientos similares tienen un gran impacto en las dinámicas cotidianas de los niños en el Centro, por tal razón es necesario responder al niño todas sus inquietudes para que sienta tranquilidad y pertenencia tanto en casa como en el Centro.

La medida en que la llegada del nuevo hermano afecte al niño dependerá de muchos factores, entre estos: la edad, el tipo de relación que tiene con sus progenitores, la actitud de los padres o su temperamento. Por ejemplo, para los niños más pequeños, que dependen mucho de sus padres, aceptar que ya no podrán dedicarse tanto a ellos podría afectarles, o si el niño es muy consentido y apegado a sus progenitores puede ocurrir lo mismo. La actitud de los padres frente a la llegada del nuevo bebé es primordial, dado que deben ser pacientes, evitar estresarse y angustiarse, ya que estas emociones pueden transmitirlas al niño. El temperamento del niño también debe ser considerado, en vista

de que hay muchos niños a los que les cuesta adaptarse a situaciones nuevas. Son varios los factores que están en juego y que cumplen un papel determinante en esta situación. La cual, después de surgir en casa, se empieza a manifestar a través de acciones que buscan llamar la atención de la maestra, pues el niño requiere sentir que es importante y que a él también le brindan el cuidado y esmero que necesita (Disciplina Positiva Ecuador, 2014).

Por ejemplo: Juan es un niño de 4 años que recientemente se convirtió en hermano mayor. Durante el embarazo de su mamá se mostró tranquilo y su accionar transcurrió en total normalidad, en tanto sus dinámicas, actividades y juegos eran acordes con su edad. Después de que su hermano nació, Juan mantuvo durante los cuatro primeros meses felicidad al respecto, sin embargo, luego de este período sus actitudes cambiaron radicalmente, pasó entonces a no escuchar, a buscar constantemente abrazos, a solicitar que los adultos le diesen la comida, así como a quejarse porque su hermano no lo dejaba dormir, razón por la cual desea dormir en las asambleas o en diferentes momentos en el aula. Adicionalmente, Juan también optó por hablar a media lengua y recurrentemente, dentro del Centro, comenzó a maltratar a los niños más pequeños empujándolos, gritándoles, quitándoles las cosas, entre otras acciones con respecto a las cuales señala que no puede hacerlas por sí solo y asegurando que él es un “niño malo”.

Los maestros pueden apoyar efectivamente este momento de la vida del niño cuando:

1. Le dan funciones para que colabore con sus compañeros durante los diferentes momentos del día, por ejemplo, al ayudar a repartir las onces, preparar la mesa, leer un cuento a los demás, entre otras

en las que asuma el liderazgo y se sienta reconocido.

2. Invitan a la mamá a la asamblea para que él pueda contar sus experiencias sobre este tema, de tal forma que la familia participe activamente en este proceso dentro del aula.
3. Revisitan el panel de familias y muestran fotos o videos de cuando los niños eran bebés, de este modo el niño verá que él también pasó por la misma etapa. Además, hablar de los cuidados que son necesarios ofrecerle a un bebé también resultará de ayuda.
4. Acompañan a la familia en este proceso, de manera que pueden dar al niño la tranquilidad que este necesita. También será positivo para el niño explicarle que el nacimiento de su hermanito no implica que sus padres quieran más al bebé o que vayan a dejarlo de lado por ser el mayor, de este modo puede desarrollarse un proceso idóneo para que el niño afronte la llegada de un nuevo hermano.

Palabras groseras

¿Por qué se dan?

Los niños dicen malas palabras por diferentes motivos. Es posible que los niños pequeños no comprendan el significado de una mala palabra y la repitan simplemente porque escucharon a alguien decirlo o que digan malas palabras para llamar la atención. En otras ocasiones, los niños reconocen que las palabras groseras tienen como objetivo agredir, incomodar u ofender a otras personas y cuando en casa son escuchadas de manera habitual el niño las interioriza y apropia dentro de su vocabulario.

Ante esto las maestras pueden:

1. Averiguar de dónde provienen. Cuando el niño diga malas palabras pregúntele, con calma: “¿Por qué dijiste esa palabra?” o, “¿Dónde escuchaste esa palabra?”. Si el niño busca llamar la atención y usted le responde escandalizándose o enojándose, puede estimular la repetición de ese comportamiento. No es pertinente darle a entender al niño que la palabra que él dijo fue otra y/o que el maestro no la entendió como grosería, eso resta importancia al momento y a lo que el niño ha dicho.
2. Dar ejemplo. Preste atención a las malas palabras que usted, sin quererlo, usa en presencia del niño. Será difícil explicarle al niño que no puede decir malas palabras si usted las dice.
3. Hablar sobre las malas palabras. Cuando escuche al niño decir malas palabras por primera vez, explíquele que esas palabras pueden ofender mucho a las personas. Si el niño dice malas palabras porque se siente frustrado o enojado, demuéstrole que entiende lo que siente y háblele sobre otras maneras en las que puede expresar sus emociones.
4. Generar acuerdos en el aula. Consolidar con los niños los acuerdos necesarios para que no sean usadas estas palabras en la comunicación con pares y maestros.
5. Dialogar con la familia. Es importante comentar a la familia lo que está sucediendo e indagar con los padres si en casa está ocurriendo la misma situación, de dónde pueden estar surgiendo estas palabras, qué tipo de programas de televisión está

viendo el niño y si está o no acompañado cuando los ve.

6. Remitir al profesional pertinente. Cuando el maestro evidencie que las palabras groseras son parte del vocabulario habitual de la familia, lo mejor es reportar el caso al profesional de apoyo psicosocial y hacer con él y con los padres del niño el trabajo pertinente para que sean conscientes de lo que ello implica en el desarrollo de su hijo.

Niños que se evaden y deambulan

¿Por qué se da?

La desobediencia, las rabietas o el negativismo constituyen parte de los trastornos de conducta más habituales durante la infancia. Estos problemas pueden resultar muy perturbadores para los padres, dado que suelen suponer un desafío a su autoridad y control, llegándose a establecer un vínculo relacional coercitivo con los niños. Estos problemas han aumentado considerablemente y, lo que es más significativo, la edad de inicio cada vez es más temprana.

Por ejemplo: Camila es una niña de 5 años, está en el grupo de Investigadores. Ella es hija única, vive con su mamá y sus abuelos maternos, su padre se fue al poco tiempo que ella nació y no se ha interesado por buscarla o quererla ver. Sus abuelos trabajan en empleos informales y su mamá hace muy poco consiguió un nuevo empleo, lo cual ha generado que el tiempo que dedica a Camila sea muy poco. En el aula Camila busca estar sola en el nicho y cuando sus compañeros están en la asamblea ella se aparta del grupo y se va a los rincones, asimismo, cuando los compañeros van a los rincones ella se sale del aula y em-

pieza a deambular por el Centro; algo similar ocurre cuando está en el comedor, consume alimentos de su preferencia y cuando no desea nada más sale del comedor y se va hacia distintos lugares.

Algunas cosas que usted como maestro pueden hacer para el caso ejemplificado:

1. Indague con la familia cómo son las conductas del niño en casa, el tiempo que dedica a realizar una labor y cuáles son sus rutinas.
2. Si lo considera necesario y pertinente, debe remitir el caso al profesional de apoyo para que este a su vez lo remita a la entidad de salud.
3. Designe una labor al niño que implique responsabilidad frente a sus compañeros y que le permita estar con el grupo y su maestro.
4. Construya acuerdos con los niños, en especial con el niño que frecuentemente se evade del aula, para que sea él quien dé una solución o aporte a la construcción del acuerdo. Debe recordarle qué puede ocurrir si se aleja de su grupo y de su maestro.
5. No genere una guerra de poder con el niño, conéctese con él.
6. Tenga en cuenta que no todos los niños siguen siempre más de una indicación.
7. Asegure el cumplimiento de todos los momentos del día aeioTU.
8. No castigue al niño de ninguna manera ni por ningún motivo.
9. Si el niño se ha evadido del aula realice una asamblea y dialogue con el grupo

acerca de lo que ha ocurrido, revise los acuerdos e incluya o refuerce uno nuevo.

El “bulling”, acoso escolar o matoneo

El bulling es una forma física y emocional de abuso e intimidación hacia otra persona, que ocurre sistemáticamente, de manera reiterada y sin razón aparente, por parte de uno o más compañeros durante un largo periodo de tiempo. Los expertos señalan que para identificarlo existen características claramente definidas entre las cuales se destacan:

1. Deliberación: la intención es herir a alguien.
2. Repetición: se suele atacar a la misma víctima de manera reiterativa en el tiempo.
3. Desequilibrio de poder: se escoge a una víctima que se percibe como vulnerable. Quien ejerce la agresión suele tener mayor “poder” creando el desequilibrio. La persona o personas que ejercen el bulling lo hacen con la intención de imponer su poder sobre el otro, a través de chismes, amenazas constantes, ataques verbales, agresiones físicas y, hoy en día, a través de Internet, medio que es usado para intimidar en forma anónima desde las redes sociales.

Aunque es difícil creer que en la Primera Infancia se presente el bulling, evidentemente sí ocurre. Por tal razón es necesario ayudarle a los niños a aprender las formas acertadas de relacionarse y de respetar a los demás. El bulling trae consecuencias tanto para la víctima como para el victimario. En el caso de la víctima, empieza a experimentar una serie de trastornos emocionales como la ansiedad, cambios de estados de ánimo, problemas psicosomáticos, pérdida de interés

hacia el Centro, jardín o escuela, depresión, miedos y en casos extremos se puede llegar al suicidio. Por otra parte, quien agrede puede verse involucrado en diferentes tipos de conductas que dificultan toda posibilidad de convivencia, puesto que su actitud evidencia que no ha aprendido formas adecuadas para relacionarse con su entorno.

Saber cómo y cuándo intervenir requiere de estrategias eficaces y prácticas que parten del respeto mutuo y de la enseñanza de habilidades cognitivas, sociales y emocionales para hacer frente a los problemas.

A continuación se presentan algunos consejos desde la Disciplina Positiva para que sean puestos en práctica en el Centro, debido a que el bulling se presenta, en la mayoría de los casos, al interior de las aulas, por eso, el maestro se convierte en el agente de cambio por excelencia, quien tiene la tarea de prevenir, atender y detener las situaciones de acoso escolar.

Por ejemplo: Jeison es un niño de 4 años y medio que está en el grupo de Investigadores, tiene una hermana de 2 años que se encuentra en Exploradores, viven con su padre quien es militar, cuando esta de permiso los visita cada 3 meses. La relación que mantiene con el niño está basada en el autoritarismo y la imposición. Con la madre se da una relación permisiva, pues esta permite conductas agresivas con la hermana menor y con ella misma. En la hora del parque Jeison juega con sus amigos, en ese momento los niños de Exploradores salen del comedor y se dirigen al aula, Camilo, de 2 años y 3 meses, intenta subir la rampa para ir a su aula, Jeison le dice a sus compañeros que no lo dejen pasar, lo empuja contra la reja, diciéndole que es un llorón y pequeño, que no puede jugar como ellos; el maestro que detiene la acción de los niños les pregunta por qué han hecho esto, Jeison ex-

presa que es grande y que si lo molestan, va a traer una bomba al jardín para matar a los maestros.

En este caso la maestra puede:

1. Favorecer un ambiente en el aula/área sensorial que posibilite un clima escolar favorable y respetuoso. Recordando aquí el ambiente como el tercer educador.
2. Implementar asambleas emergentes o extraordinarias donde se sensibilice a los niños, se retomen los acuerdos y se construyan nuevos (según se requiera), para así tomar decisiones en colectivo y dar solución de manera conjunta a los problemas.
3. Generar conexión emocional antes que imponer una corrección. La Disciplina Positiva aplicada ha demostrado que los estudiantes que tienen un sentido de conexión y pertenencia con el Centro/jardín/escuela, son tratados con mayor respeto por sus maestros y sienten que estos se preocupan verdaderamente por ellos, son menos propensos a este tipo de conductas.
4. Fomentar la igualdad, es decir, un ambiente escolar donde en realidad todos seamos tratados por igual. Para esto, por ejemplo, se pueden delegar roles entre los niños (servir la mesa, repartir los cepillos, desarrollar la asamblea, etc.) para que todos se sientan importantes y perciban que se reconocen sus habilidades e intereses de forma particular.
5. Conformar con los mismos niños una red de apoyo para que en cambio de seguir las sugerencias o imposiciones de los niños que tratar de agredir a otros niños, les ayuden a cambiar de conducta.

6. Trabajar de manera conjunta la familia y Centro.
7. Por último, nosotros no podemos pedir a los niños que cambien, que sean más respetuosos si es que nosotros no lo somos con ellos. Debemos ser conscientes del papel importante que tenemos en la vida de nuestros niños como modelos de conductas. Tratémoslos con respeto y ellos se lo devolverán al mundo.

Egocentrismo

¿Por qué se da? Muchas veces cuando nos relacionamos con niños nos sorprende lo que hacen o dicen. Su conducta parece caprichosa o curiosa. Esto se debe a una característica del pensamiento infantil que se denomina egocentrismo.

El estadio inicial del ser humano es de un profundo egocentrismo, una total indiferenciación entre lo que él es y el resto. O sea que está centrado en sí mismo.

El niño conoce el mundo según una sola perspectiva, la de él mismo. Es por ello que tiene dificultad para ponerse en la perspectiva del otro, para separarse de su propio punto de vista e imaginarse cómo entienden las cosas otras personas.

Entender la realidad supone tomar conciencia de uno mismo como alguien distinto a los demás, aunque vinculado de una u otra forma con estos en medio de dicha realidad. En el egocentrismo, el sujeto no se diferencia de lo que lo rodea, ya sea la realidad física o la realidad social, tanto desde el punto de vista material o desde el punto de vista mental (Tierna infancia, s. f.).

En la etapa preescolar, los niños aún no han salido del “yo, yo, yo”. Los conflictos en esta etapa giran en torno al territorio y la propiedad. “Esto es mío” y cuando no logran

lo que desean suelen recurrir a chantajes como: “Si no haces lo que yo digo no soy tu amigo”, “Soy tu amigo si me lo das”. Alrededor de los cuatro y 5 años, cuando el niño recibe a sus amigos para jugar, es muy probable que insista en que todos jueguen a su manera y sea él quien elija los juguetes, elementos o materiales que usará, así como los que sus compañeros pueden usar, y no pueda resistirse a decirles lo que tienen que hacer. Muchas veces algunos niños pasan de las órdenes a los gritos y empujones.

¿Cómo abordar esta situación?

1. Evite las luchas de poder. Cuando el niño esté en negación y no te haga caso, evite entrar en lucha de poderes para tratar de obligarlo porque esto puede ser muy desgastante y terminar convirtiéndose en un círculo vicioso. En muchas ocasiones es muy efectivo decirle lo que usted hará, en lugar de obstinarse en que él cumpla una orden en ese mismo instante.
2. Exprese cómo se siente: “Estoy muy molesta por lo que acabas de hacer y me gustaría contar con tu ayuda para solucionarlo”. Si lo que está tratando de pedirle al niño es que se calme y reconsidere sus acciones, no podrá hacerlo desde el enojo o la ira que siente por lo que él hizo. Primero deberá calmarse usted y pensar qué le dirá o cómo actuará.
3. Confíe en que el niño sea quien es, diciendo: “Estoy segura de que puedes pensar en una solución útil para resolver este problema, confío en ti”.
4. Motive el respeto diciéndole al niño: “Sé que puedes decir lo mismo de una manera respetuosa, no responderé a esos modos”.

5. Utilice frases amables y firmes a la vez: “Es momento de ir al comedor, jugaremos en el parque más tarde”.
6. Cumpla el acuerdo que se haya establecido previamente en el aula: hable previamente con los niños y dígales qué pasará si un acuerdo no se cumple, para que tengan eso en cuenta y sepan que sus acciones tienen consecuencias.
7. Redirija la conducta: los niños (como todos los individuos) están más dispuestos a reflexionar sobre sus actos cuando sus maestros (u otras personas) les dan la posibilidad de intentar realizar nuevamente alguna acción que en un principio no se hizo de la manera adecuada, en vez de humillarlos por lo que hicieron. Si el niño hace algo que le disgusta, invítelo a hacer algo útil para el grupo como una manera de recuperarse de su error.
8. Siga la regla de oro de la Disciplina Positiva: póngase en el lugar del niño y trátelo cómo le gustaría ser tratado en la misma situación (Disciplina Positiva Pequeño Gran Humano, 2013).
9. Asambleas emergentes: cuando un límite sea transgredido una y otra vez, en lugar de caer en cantaletas del tipo: “Pero si lo hemos hablado cien veces”, retome el asunto para discutirlo en la asamblea extraordinaria y entre todos elaboren un acuerdo más efectivo.

Niños con manifestaciones agresivas

¿Por qué se da?

Un niño puede actuar agresivamente por varias razones: puede ser que haya padecido maltrato en su casa o que sus padres se

agredan habitualmente; sentir miedo o sentirse acorralado o frustrado. Esta manera de actuar se debe a que no tiene el control de sí mismo; puede suceder que pase mucho tiempo sin sus padres y desee llamar la atención de ellos o los adultos que le rodean; puede ser que esté cansado o que tenga hambre y no sepa cómo manifestar estas necesidades.

Por ejemplo: Carlos es un niño de 3 años y medio que está en el grupo de Aventureros, tiene dos hermanos, una niña de 2 años que vive en Barranquilla con su abuela paterna y un hermano de 20 años que vive en Medellín con su abuela materna. Carlos vive con sus padres, su papá trabaja fuera de la ciudad y lo visita cada dos semanas y su mamá trabaja en un restaurante con turnos bastante largos, razón por la cual Carlos está al cuidado de una vecina en las mañanas antes de ir al Centro, en las tardes, después de salir, y los fines de semana. En ocasiones, el niño se acerca a las maestras manifestando a través de su lenguaje corporal que desea que lo consientan, lo abracen y que lo tengan en cuenta, sin embargo, sin ninguna razón él empuja a sus compañeros, los golpea con elementos o con sus pies, los escupe y les dice palabras groseras. Cuando las maestras intervienen, para que la agresión no continúe, él arremete contra ellas con patadas, puños o rasguños, al tiempo que las insulta con palabras muy hirientes,

también escupe con mucha frecuencia, riega los alimentos que no le gustan y cuando se le hace la observación grita de manera estruendosa o empieza a correr por el comedor.

Esta son algunas de las cosas que como maestra puede hacer para afrontar este caso:

1. Separe al niño agresor del niño agredido y detenga de inmediato la situación.
2. Si el niño está agrediendo a una maestra, intente detener la agresión, si no es posible solicite a otro adulto que le ayude.
3. Trate de ayudar al niño a calmarse, apártelo de la situación pero no lo aisle; puede ofrecerle un vaso de agua o simplemente hacerle un masaje en la espalda.
4. Antes de que el incidente se le pueda olvidar al niño y ya tranquilo, hable con él acerca de lo que ocurrió, qué otras acciones puede hacer en vez de agredir a otros y qué fue lo que sintió.
5. Genere un acuerdo con él, luego realice una asamblea en donde se retomen los acuerdos y se incluya uno nuevo de ser necesario.
6. Ayúdele al niño a tomar responsabilidad, es decir, si regó la comida solicítele que repare la acción limpiando el lugar que ensució.